

dijo Fabián á León; el príncipe reinante es el conde de Montgiroux.

—¿Qué relaciones pueden existir entre el conde y esta mujer? se preguntó la señora de Barthele.

—¡Ah! murmuró el grave par de Francia, por Fernanda es por quien se muere de amor mi sobrino.

—¿Es esto un lazo hábilmente armado, una venganza de León de Vaux? dijo para sí Fernanda.

Únicamente Clotilde, tranquila y ajena á las impresiones del momento, no experimentaba temor íntimo alguno; así es que fué la primera en romper el silencio.

—Tío, dijo la joven, ¿no es el médico quien le envía á V. por nosotras?

—Sí, respondió Montgiroux con viveza; el doctor sabe la llegada de la señora y se impacienta.

—Pues bien, dijo la baronesa, ya que la señora nos hace el favor de ponerse á nuestra disposición y el médico se impacienta, no perdamos momento.

—Señora, repuso Fernanda, dirigiéndose á la madre de Mauricio, ya he manifestado á V. que estaba á sus órdenes, y pues pretenden que mi presencia es necesaria...

—¡Necesaria! ¡necesaria! murmuró el de Montgiroux; verdaderamente esta es la palabra. Un pobre loco, el marido de mi sobrina, ha tenido la desgracia de verla á usted, y, al igual que acontece á cuantos la ven, se muere de amor.

El conde pronunció estas palabras con acento tal de despecho, que Clotilde, guiándose por su moral severa, creyó que aquél quería dar una lección á Fernanda.

—¡Tío! exclamó la joven echando los brazos al cuello del conde, ¡por favor se lo ruego!

Y luego añadió en voz baja:

—La severidad sería poco conveniente de nuestra parte y sobre todo en la ocasión presente.

Pero el par de Francia estaba demasiado fuera de sí para quedarse en el camino; así es que al contestarle Fernanda diligente:

—¡Oh! señor conde, presumo que su galantería de usted le hace exagerar la situación del enfermo,

Replicó:

—No, señora, no; porque éste, en su delirio, la nombra á V., y le da títulos de ingrata, de pérfida, traidora y qué sé yo cuántas cosas más.

La escena amenazaba convertirse en contienda personal, á la que Montgiroux, en su imprudencia, iba á provocar á Fernanda, cuando con una palabra la baronesa hizo entrar á su antiguo amante en el terreno que convenía á su posición.

—Señor conde, dijo ésta con dignidad, V. olvida que la señora Ducoudray está en mi presencia, en casa de mi hijo, ante su sobrina de V., y que si tiene V. que pedirle alguna explicación, ha escogido mal el sitio, y la ocasión es inoportuna.

—Sí, tío, sí, exclamó Clotilde sin comprender absolutamente nada respecto de los sentimientos que preocupaban á Montgiroux; en este momento no pensemos sino en Mauricio, se lo ruego á V.

—¡Mauricio! exclamó Fernanda; ¿el enfermo se llama Mauricio?

—Sí, señora, respondió la baronesa. ¿No sabe V., pues, en casa de quién se encuentra? Yo soy la baronesa de Barthele.

—¡Mauricio de Barthele! dijo Fernanda. ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡apiadaos de mí!

En pronunciando estas palabras, la joven se llevó la mano á la frente, y después de vacilar por un instante, cayó desvanecida entre los brazos de Clotilde y de la baronesa, quienes al verla palidecer y desplomarse, se habían adelantado para recibirla.

VII

La mujer que tal turbación causaba en la familia de la señora de Barthele, al volver en sí recordó la situación en que contra su querer acababan de colocarla, y haciendo un esfuerzo sobrehumano recobró su presencia

de ánimo y llamó en su ayuda aquella su fuerza de voluntad que le ganaba de tal modo la confianza; porque para quien quiera no tenía interés en conocer íntimamente la existencia de Fernanda, la vida de ésta estaba pura de escándalo.

Más, Fernanda se había, por expresarnos así, creado una posición en la sociedad parisiense; y al decir sociedad parisiense nos referimos al núcleo de jóvenes ricos, nobles y elegantes que desde el bulevar de los Italianos dan la norma del buen tono á la aristocracia. Aunque eran pocas las relaciones íntimas que de Fernanda se tuvieron noticia, todos la conocían por haber sido reina, sino en su retrete, á lo menos en sus salones, centro de ingenios que se hacían presentar á ella, como en tiempos pasados otros se hacían presentar á Ninón de Lenclos. La tertulia de Fernanda era, pues, un verdadero tribunal, un palacio de Rambouillet menos la elocuencia filológica y los odios literarios; un tribunal de buen gusto ante el cual debían pasar todos aquellos que aspiraban á pasar plaza de elegantes ó de eruditos y desde el cual cundían sus decisiones, con la autoridad de fallo irrevocable, entre los artistas y la sociedad encumbrada. De ahí que las cenas de Fernanda hubiesen adquirido gran reputación, y que en alta voz se dijese en los más aristocráticos salones del barrio de San Germán y en los talleres más elegantes de la Nueva Atenas: «Anoche cené en casa de Fernanda». Demás, si al que tal decía le preguntaban con quién, acontecía casi siempre que los nombres de los convidados pertenecían á los más ilustres de Francia. Resultó de ello que la noción de justicia, tan rara sin embargo entre nosotros, asignó una posición excepcional á Fernanda, á quien no confundían con las mujeres vulgarmente llamadas meretrices, si bien no le concedían todas las deferencias que se guardan á las casadas, por casquivanas que sean.

Sin embargo, la necesidad que del ángel caído tenían en la casa de Fontenay-aux-Roses hizo que, sin parár mientes en ello, le prestasen cuidados que asumían algo del cariño que se prodiga á los propios y del que uno se hace objeto á sí mismo. La señora de Barthele y Clo-

tilde, al ver que Fernanda se desmayaba, no habían querido, tal vez por temor y por prudencia, llamar á las doncellas para que cuidasen de hacerla volver en sí; así es que por sus propios ojos pudieron convencerse, al prestar á la hermosa desmayada el pequeño servicio de quitar alfileres y volver á clavarlos, de que el buen gusto no era en Fernanda pura apariencia, sino que, por el contrario, se revelaba en ella la costumbre del lujo interior, en ese minucioso esmero que sólo pueden apreciar las mujeres que se encuentran en el mismo caso. La baronesa llevó hasta tal extremo su observación, que llegó á sospechar que Fernanda era de cuna distinguida, y que el nombre de pila, ó más bien de adopción con que ésta era conocida, ocultaba un apellido ilustre.

Fernanda, al verse objeto de los cuidados de la madre y de la esposa de Mauricio, cerró primeramente los entreabiertos ojos, pero espontáneamente, á impulsos del instintivo pudor del alma, obedeciendo á un sentimiento del que su corazón guardaba el secreto; pero casi al punto comprendió que cuanto más pronto saliese de semejante situación, más provecho reportarían ella y los demás. Entonces y por un esfuerzo de voluntad abrió de nuevo los ojos, se reconcentró por un instante, y sin tratar de excitar el interés por medio de fingidos arrumacos, dió ingenuamente las gracias. Los hombres, que se habían alejado, recibieron entonces permiso para entrar otra vez en el salón, viniendo con su interés real ó simulado á animar aquel intermedio en el que cada cual parecía prepararse para la escena que iba á realizarse en el aposento del enfermo. En efecto, para todos allí era donde debía desenvolverse el drama; mas para Fernanda éste estaba ya en lo íntimo de su corazón.

—Señora, dijo la joven dirigiéndose á Clotilde, usted va á ser quien me conduzca á la cabecera del enfermo, ante el cual no consiento en aparecer sino entre V. y su madre.

Luego, volviéndose hacia Fabián y León, añadió:

—Caballeros, la lección que me dan ustedes es terrible; pero me será provechosa, y se la agradezco.

Menester le era á la cortesana el valor que arranca del alma para tenerse firme entre aquellas dos mujeres respetadas, pues amaba á Mauricio con toda la vehemencia de que es capaz el corazón; únicamente para él y por él había experimentado la primera impresión del amor, amor que fué el principio de los desenvolvimientos morales que su naturaleza superior la reservaba gracias á multitud de gérmenes fecundos con que ella viniera al mundo. Como ya hemos dicho, Fernanda escondía, bajo una apariencia de frivolidad, nobles facultades que, cultivadas por la educación que había recibido y unidas á una grande é innata delicadeza de tacto, la defendían eternamente contra las involuntarias sugerencias de la coquetería y las depravaciones sociales de que su excepcional existencia debió necesariamente rodearla.

En las carreras de caballos de Chantilly fué donde por primera vez se vieran Mauricio y Fernanda. Como el lector sabe, las carreras estas se habían convertido, á la sombra del alto patronato que las dirigía, en el punto de cita de la flor y nata parisiense. Mauricio, á quien retuviera lejos de Francia un viaje por Italia, y quien, á su regreso, se preocupara con la restauración de su palacio de la calle de Varennes y la de su quinta de Fontenay, puede decirse que hacía su entrada en la sociedad. En las carreras tomaban parte dos caballos suyos, Miranda y Antrim, y personalmente debía montar uno de éstos al final de ellas, en la carrera de los *riders* nobles.

Como en el preciso instante en que iba á partir, la señora de Barthele se sintiese indispuesta y Clotilde no quisiese abandonarla, Mauricio determinó que le sustituyera su jockey; pero sabido es cuánta gravedad reviste semejante retirada: esto aparte de que el joven tenía que conservar su reputación de *sportman*. Las dos mujeres insistieron, pues, para que Mauricio no modificara lo más mínimo las disposiciones estipuladas, por lo que éste, en informándose por boca del médico de que la indisposición de su madre no ofrecía gravedad alguna, se decidió á trasladarse á Chantilly.

Mauricio se encontró, pues, de nuevo entre sus cono-

cidos de la infancia. Fabián también tomaba parte en las carreras. Al igual que Mauricio, tenía dos caballos inscritos, Fortunato y Roland, y debía también tomar personalmente parte en la carrera última: así, pues, iba á renacer la antigua rivalidad de ambos jóvenes.

No intentamos dar al lector la descripción minuciosa de una de esas fiestas que tan magistralmente pinta nuestro amigo Carlos de Boignes; lo único que diremos es que Fabián y Mauricio compartieron el premio de Orleans, y que en la carrera de los nobles *riders*, Miranda, montado por Mauricio, saltó valientemente todos los setos, mientras Roland se detuvo ante el último.

Según su antigua costumbre, Fabián volvía á verse derrotado por su amigo.

Fernanda, que empezaba á estar en auge cuando Mauricio se retirara, y nunca viera á éste ni había oído pronunciar su nombre, preguntó á su compañera de carruaje, una de esas mujeres que no pinchan ni cortan y que adoptan por compañera y por autoridad las elegantes que no tienen hermano ni marido, quién era aquel apuesto jinete moreno que montaba aquel hermoso alazán; y como la mencionada mujer no conocía al jinete ni al caballo, la joven se vió obligada á recurrir al programa, que fué el que primero la dió á conocer cómo se llamaba el hombre que tanto influjo iba á ejercer sobre su existencia.

Como las carreras debían continuar el día siguiente, los aficionados que la fiesta atrajera se quedaron en Chantilly. Lo que en semejante coyuntura pasa y con que afán se disputan los alojamientos, no hay quien lo ignore. Fernanda, empero, con bastante anticipación había alquilado una habitación entera en la que recibía á todos sus cortesanos. Después de las carreras, sus amigos de París se reunieron, pues, en casa de la joven, que era la más cómoda de Chantilly y en la cual resolvieron celebrar tertulias y cenar en común.

La primera intención de Mauricio había sido volverse la tarde misma á Fontenay; pero como en el *turf* se inscribieron multitud de apuestas para el día siguiente, y

en su calidad de vencedor debía un desquite á los vencidos, determinó quedarse.

El rumor de la proyectada cena cundió con rapidez; y como Fabián hablase de ella á Mauricio cual de una especie de solemnidad á la que no podía dispensarse de asistir, y éste conociese á Fernanda de nombre, y hubiese experimentado con frecuencia gran curiosidad de ver á la mujer á quien sus amigos sin cesar ensalzaban como una de las de más donaire y más peregrino ingenio que existiesen, no costó gran trabajo inclinarle á que aceptase lo que tanto tiempo hacía deseaba. Con todo, no consintió en acompañar á Fabián sino á condición de que se recomendase el mayor sigilo á sus amigos, temeroso de que Clotilde no supiese esta pequeña calaverada, y de que bajo pretexto alguno se citaría, durante la cena, el nombre de su madre ni el de su esposa. Fabián hizo como que comprendía este recato de hijo y de esposo, y juró á su amigo que por su parte no tenía que temer la más leve indiscreción.

Mauricio fué, pues, presentado aquella noche misma á Fernanda, quien le recibió con toda la deferencia debida á un vencedor.

De buenas á primera Fernanda no había visto en Mauricio sino un hombre elegante más en su corte de hombres de la misma condición; así pues no se manifestó cambio alguno en sus modales, sino que continuó risueña y donosa y coqueta como de costumbre. Pronto sin embargo las excelencias físicas, que siempre predisponen á la simpatía, inspiraron á Fernanda una de esas atracciones inevitables que sirven de apoyo á la filosofía corpuscular de Tomás Brown, y que, según éste, constituyen la base de las grandes pasiones; y pronto también, y sobre todo cuando la alegría de los comensales hubo dado más libertad á la conversación, habló Mauricio. La vibradora voz de éste, su elocución fogosa, los vislumbres poéticos que de tiempo en tiempo adquirían sus palabras al fulgor de un concepto, virtud tan rara en la sociedad en medio de la cual se encontraba, y el ardor de sus arranques, fueron infiltrando un pensamiento formal en el corazón de la cortesana. En vez de

dirigir, como de costumbre, la conversación, ó más bien de hacerla saltar ligera y alegre según los caprichos de su imaginación, Fernanda escuchó y miró á Mauricio. Entonces fué cuando, sin propósito deliberado, la joven descubrió en el semblante de éste las facciones por las cuales, en su calidad de artista, concibiera siempre una predilección particular, las líneas puras que su mente soñaba sin acertar á trazarlas cuando con el pincel ó con el lápiz buscaba el bello ideal sobre el papel ó sobre el lienzo. Temerosa entonces de que el corazón de Mauricio no estuviese en armonía con la forma y con la inteligencia, soltó algunas palabras destinadas á resonar en el alma como en el bronce el badajo de la campana, y las palabras no sólo devolvieron exactamente el sonido que esperaba Fernanda, sino que hicieron subir al rostro de aquél el tinte melancólico que ya dijimos le era habitual, y que tan seductivo es sobre todo en el hombre.

Durante la cena, Mauricio no dirigió un sólo cumplido á Fernanda. Colocado á demasiada distancia de ésta para dispensarle los pequeños favores que entre sí se prestan los comensales, contentóse con mirarla. Lo que sucedió sí, fué que cada vez que la alegría subía de punto y la conversación, contenida, sin embargo, en ciertos límites, se hacia más libre, los ojos de aquél, al fijarlos en el ángel caído, se cubrían de tristeza más profunda, cual si en lo íntimo de su corazón se hubiese dicho: «¡Qué desgracia que siendo tan joven, tan hermosa, tan elegante y tan á propósito para ser amada, sea lo que es!»

En efecto, Mauricio, por su parte, sentía las mismas simpatías y recibía las mismas impresiones. Causas diferentes producían en él efectos semejantes. Hallaba en Fernanda la realización de los sueños de su amor, las formas que su imaginación trazara mil veces en las tinieblas y en la noche de la esperanza, esta forma del pensamiento, visión creada simultáneamente por el corazón y por el alma, de la que nos distrae y nos desvía incesantemente la realidad de la existencia, pero que, venturosos, hallamos de nuevo en el reposo y la soledad, cuando entregados al sueño y olvidando las costumbres

positivas el espíritu se sobrepone á la materia. Así pues, en medio de aquella ruidosa alegría y de aquel tiroteo de frases sonoras más resonantes cuanto más huecas, Mauricio suspiraba en secreto; sonriendo tristemente á la ilusión, siguiendo con la mirada la animación tardía de su extinto deseo, contemplaba con desconsuelo y con pesar del alma, en medio de las carcajadas, á la desventurada mujer á quien, sin conocerla, adoraba con la pureza de sus primeras sensaciones. La impresión esta le llegaba hasta el corazón envuelta en suave lástima, y su corazón, al encontrarse de nuevo con la imagen en que soñara otras veces, recibía sensaciones desconocidas y descubría en sí nuevas facultades.

Aunque salidos de puntos opuestos, Mauricio y Fernanda se encontraban, pues, unidos en uno idéntico. La velada pasó para los dos con la velocidad del rayo, y cuando á las tres de la madrugada se habló de dar fin á la tertulia, ambos dirigieron la mirada al reloj creyendo que era media noche. Mauricio, al entrar en su habitación, sólo sustentaba un recuerdo, Fernanda; Fernanda, al recogerse después de apagado aquel ruido y desvanecido aquel susurro, no acarició sino un pensamiento, Mauricio. Cada uno de los dos recordaba la más mínima palabra del otro, las más ligeras inflexiones de voz, los más insignificantes gestos; uno y otro se durmieron con el deseo de verse otra vez al día siguiente. Este se levantó sombrío y tempestuoso. A mediodía Mauricio entregó su tarjeta en casa de Fernanda; pero no se atrevió á solicitar que le recibiesen. A la una se desencadenó la tempestad, empezando á llover de un modo tan espantoso que quitó toda esperanza de que pudiesen efectuarse las carreras.

Aplazadas para otro día las apuestas, cada cual y de todos lados envió por sillas de postas y tomó de nuevo el camino de la capital.

Mauricio cuidó de informarse del domicilio de Fernanda, y supo que ésta vivía en la calle de los Trinitarios, número 19.

En cuanto á Fernanda, no había hecho pregunta alguna respecto de Mauricio, primeramente porque cono-

cia que no las haría en su tono de voz natural, luego porque hallaba extraño pensar en él, y por último porque se complacía íntimamente en crearse de esta suerte, de vez en cuando, una esperanza vaga que siempre viera desvanecida y que, sin embargo, renacía incesantemente; porque la esperanza, por tímida que sea, es un cordial de ventura que tranquiliza los pechos dolientes. Verdad es que ésta produce en nosotros el mismo efecto que el opio, y que cuando despertamos nos sentimos más abatidos y más desgraciados.

Por lo demás la joven tenía el presentimiento de que vería de nuevo á Mauricio.

Efectivamente, al día siguiente de su regreso de Chantilly, á cosa de las tres de la tarde y en el instante en que Fernanda se disponía para salir, Mauricio se presentó en su casa. Los dos, al encontrarse á la puerta de la antesala, se turbaron; ambos, por el carmín que les subió al rostro, adivinaron que el uno había pensado en el otro, y á los dos, por fin, les nació el deseo de no retardar un segundo el momento de hablarse. Con todo, cual si hubiesen sentido la necesidad de prepararse para esta entrevista, Mauricio insistió en que Fernanda no dejase de salir por atención á él; pero Fernanda, por su lado, respondió que no salía sino por cinco minutos, y rogó al joven que la aguardase. Así pues, y tras un acuerdo tácito, Mauricio fué introducido en el aposento de Fernanda, en el instante en que ésta real ó aparentemente salía de él.

Solo en la morada de aquella mujer á quien encontrara impensadamente, á quien viera por espacio de contadas horas y sin embargo le absorbía por completo el pensamiento, Mauricio sintió una de esas profundas emociones de las cuales el ánimo tarda largo tiempo en reponerse. ¿Inquietábale de tal suerte el sentimiento de la falta que estaba cometiendo, ó bien, después de haber resistido á una especie de atracción inexplicable é irresistible, flaqueaba al llegar á un punto que no debía franquear sino para entrar en un camino nuevo para él? ¿Era la mujer legítima, era la cortesana, Clotilde ó Fernanda, quien ejercía de esta suerte su misterioso influjo?

Como quiera que sea, en la contingencia favorable de un aislamiento momentáneo, tuvo ocasión de examinar el sitio adonde el capricho le condujera casi contra su voluntad, y poco á poco sus impresiones fueron modificándose, su alma volvió á sentirse libre, y al aspecto de los objetos que le herían la mirada se apoderó por completo de sus facultades un desconocido y profundo embeleso.

El salón de Fernanda, en lugar de estar sobrecargado de baratijas á la moda de aquel entonces, de ostentar anaquelarias cubiertas de figurillas de Sajonia y *dunkerques* atestados de curiosidades, que convierten nuestros modernos salones en tiendas de cambalachería, era de aspecto severo y de gusto intachable. Entapizado completamente de damasco de China color de violeta, con cortinas y muebles de la misma tela, este color oscuro hacía resaltar por modo admirable dos grandes armarios de Boule, uno de ellos coronado de dos magníficos jarrones azul verdoso con flores, y el otro de una enorme caja de malaquita, de una sola pieza, colocada entre grandes cuernos de china antigua, de cada uno de los cuales salía una manga de flores de lis de oro, destinadas á servir de candelabros. De la pared colgaban cuadros de la escuela italiana, casi todos anteriores á la época de Rafael, ó copias de las obras más notables de la juventud de este maestro. Los lienzos indicados ostentaban las firmas del Beato Angélico, Perugino y Juan Bellini, y en medio de ellos se veían uno ó dos Holbeins de colorido admirable y preciosa factura. Un piano atestado de partituras y una mesa no menos atestada de libros y de *albums* atestiguaban que la música y la pintura tenían su culto en el corazón de aquella mujer mundana.

En efecto, á la derecha y al través de una cortina, se divisaba un como taller, en el cual era donde se reconcentraban el gusto y el espíritu de la dueña de la casa para hacer en cierto modo la historia de sus costumbres. Mauricio, sin atravesar el umbral, dirigió á él una de esas miradas que lo abarcan todo de una vez; las ventanas, cubiertas en su parte inferior por una cortina

de sarga verde, no permitían penetrar en el local sino una luz favorable á los esquivios colgados de la pared y á las telas empezadas que había en los caballetes. Dicha pieza estaba consagrada exclusivamente al arte; en ella se veían reducciones de las más hermosas estatuas de Grecia, molduras de yeso vaciadas sobre obras maestras de la edad media, armas de todas las naciones, telas de todas las épocas, damascos y brocados como los que Pablo Veronés y Van Dyck echaban sobre los hombros de sus duces ó sobre los cuerpos de sus duquesas; todo en estudiado desorden, en confusión pintoresca que alegraba la mirada, y que indicaban en la que había llegado á reunir aquellos objetos y á colocarlos como estaban, un gran sentimiento de la composición y del color.

Frontera del taller y cubierta externa é interiormente con sendas cortinas, había una puerta abierta, que comunicaba con el dormitorio. Estaba éste entapizado de damasco granate, los cortinajes eran de color de naranja, y la cama, el armario-espejo y los demás muebles estaban labrados de palo de rosa. En este aposento Fernanda había prescindido un tanto de la severidad general del ajuar. Un poeta del tiempo del Imperio, al ver las dos piezas que acabamos de describir, hubiera dicho que el templo del Amor estaba enfrente del templo de las Artes.

Mauricio sólo dirigió una mirada al dormitorio y retrocedió con el corazón oprimido. ¿Por qué semejante penosa sensación á la vista de aquel aposento coquetuelo y perfumado? Explíquesele quien pueda.

El joven entró, pues, de nuevo en el salón; abrió las partituras, que eran el *Freyschutz* de Weber, el *Moisés* italiano de Rossini y la *Zampa* de Herold, y luego hizo lo mismo con los libros que había sobre la mesa, que resultaron, ser de Bossuet, Moliere y Corneille. Objeto alguno de cuanto veía el joven denotaba frivolidad; indicio alguno acusador denunciaba la posición que Fernanda ocupaba en la sociedad; al contrario, todo revelaba la mujer sencilla, bondadosa y rígida. Mauricio pudiera haber creído que se encontraba en el palacio de alguna joven y hermosa duquesa del barrio de San Germán.

En aquel instante entró Fernanda, ó más bien dicho, sin que la oyesen, levantó la cortina; con todo, un estremecimiento instintivo, una sensación magnética, advirtió la presencia de aquélla á Mauricio, el cual dirigió los ojos á la puerta. Tal vez la joven dejara intencionalmente solo por unos instantes á Mauricio; tal vez había imaginado que entre ellos y antes de entablar conversación alguna debía proceder cierta rehabilitación moral. Además, comprendiendo por su propio corazón, más aun que por el asombro que se reflejaba en el rostro del joven, cuanto pasaba en el interior de éste, acometió sinceramente el asunto importante por ella, el que debía guiar su conducta en semejantes circunstancias; y como respecto á esto su situación excepcional se lo facilitaba grandemente, echó con audacia mano de la franqueza, que era lo mismo que afirmar ó destruir su esperanza con una palabra.

—Usted habrá imaginado sin duda, caballero, dijo Fernanda, sin que su voz ni su semblante delatasen la más leve emoción, y fijando en Mauricio una mirada penetrante, que bastaba presentarse en mi casa para ser admitido en ella.

—Perdóneme V., señora, balbuceó Mauricio; pero en Chantilly tuve la honra de hacerla entregar mi tarjeta, y, desde hace dos días, deploro muy de veras el no haber insistido en verla á usted...

—No necesita V. disculparse, caballero, dijo Fernanda; á mí no me cabe el derecho de admirarme ni de ofenderme. Usted me ha visto una sola vez, y como no me conocía, ha debido autorizarle para dar este paso la reputación de que me han rodeado, indudablemente por mi culpa, porque ya sabe V. que la sociedad es infalible; sea V. franco.

Al pronunciar estas palabras, la voz de Fernanda pasó del diapasón al cual ella se elevara en un principio á un acento suave y melancólico, y aun Mauricio creyó ver brillar una lágrima en sus ojos.

—Señora, repuso el joven no menos conmovido que su interlocutora, creo me perdonará V. mi sinceridad, y lo creo porque es excusable. La impresión que me pro-

dujo V. la velada que tuve la honra de pasar en su compañía, fué tan profunda, que desde entonces no me ha animado sino un deseo, el de verla otra vez. Si este deseo, puesto en ejecución tan pronto me ha sido dable, es una inconveniencia, culpe V. á mi corazón, señora, no á mi condición; pero no me castigue con excesivo rigor, pues las heridas que se causan al corazón ya sabe V. que por leves que sean asumen el carácter de mortales.

Fernanda se sonrió, sentóse en un ancho diván, é hizo seña á Mauricio de que también tomase asiento; pero al ver que éste tendía la mano hacia una silla de brazos, le indicó que lo efectuase á su lado.

—Gracias, caballero, le dijo la joven: gracias si es verdad lo que V. acaba de decirme. Y luego, levantando la cabeza y con acento de encantadora ingenuidad, añadió: sí, se lo agradezco, porque yo, hablando con la misma franqueza, si alguna vez he deseado agradar á alguien, ha sido á V.

—¡Oh señora! exclamó Mauricio palideciendo, ¿verdaderamente dice V. lo que piensa?

—Escúcheme V., caballero, continuó Fernanda imponiendo silencio al joven con un gesto á un tiempo lleno de dignidad y de expresión, escúcheme V.

Mauricio juntó las manos con no fingido ademán de expectación á la vez temerosa y apasionada.

—Si entre lo mucho que, respecto de mí, no pueden menos de haberle dicho á V., repuso Fernanda, no le han manifestado que mi fortuna me asegura hoy la independencia, es mi deber comunicárselo ante todo; y si le han dicho que yo no era completamente dueña de mi corazón y de mi cuerpo han mentido, y tal mentira debo rectificarla: soy absolutamente libre en todos conceptos, caballero; así pues, del hombre á quien ame no quiero sino su amor, si me ha sido posible darle vida; con esta condición y bajo este juramento, consiento en todo. Dicha por dicha. ¿Consiente V.? Le amo.

En pronunciando estas palabras, á Fernanda se le atragantó la voz, y la mano que temblorosa avanzaba hacia Mauricio no pudo aguardar la adhesión de éste; sino que le volvió á caer sobre las rodillas.

Otro se hubiera arrojado á los pies de la joven, y en medio de mil besos impresos en aquella mano, habría intentado convencerla haciéndole repetidos juramentos; pero Mauricio no obró así, sino que, levantándose, dijo:

—Escúcheme V., señora; por mi honor de caballero juro á V. que no sólo la amo como nunca he amado, sino que estoy en el convencimiento de que no he amado á nadie más. Ahora olvide V. mis cien mil libras de renta como yo las olvido, y trátame como si no pudiese ofrecerla sino mi vida, de la que puede V. disponer á su antojo.

Luego, arrodillándose á los pies de Fernanda, añadió:

—¿Da V. fe á mis palabras? ¿Cree V. en mi amor?

—¡Oh! sí, exclamó la joven rodeándole el cuello con los brazos; sí; V. no es un Fabián.

Y los labios de Fernanda y de Mauricio se unieron como los de Julia y de Saint-Preux, en fuerte y prolongado beso.

—Escuche V., Mauricio, dijo luego la joven al ver que éste, prescindiendo de toda consideración, la apremiaba, yo he sido la primera en decirle que le amaba y la primera en acercar á los de V. mis labios. Déjeme la iniciativa en todo lo demás.

Mauricio se levantó y fijó en Fernanda una indecible mirada de amor.

—Es V. mi reina, mi alma y mi vida, exclamó; ordene V. y será obedecida.

—Venga V., dijo Fernanda.

Y blandamente apoyada en el brazo de Mauricio, penetró con éste en su taller, se sentó delante de un caballete en el que había un cuadro principiado, y tomando sus pinceles, dijo al joven:

—Ahora hablemos; ante todo es menester que nos conozcamos. Yo soy Fernanda, una pobre muchacha á quien las gentes amables apellidan señora por su propio querer, pero desterrada de la sociedad sin que la valga el arrepentimiento, á quien está prohibido alternar con ella; en una palabra, soy una cortesana.

—¡Fernanda! repuso Mauricio con el corazón opri-

mido, no hable V. de esta suerte, por favor se lo ruego.

—Al contrario, amigo mío, replicó la joven con voz trémula, mientras con maravillosa firmeza añadía algunos toques á su comenzado lienzo; al contrario, es menester que yo le acostumbre á V. á cuanto le dirán de mí. Ya sé que no emplean miramientos conmigo; pero ¿á qué quejarme? ¿Me cabe por ventura derecho á ello?

Mauricio comprendió que el trabajo á que en aquella hora se libraba Fernanda no era sino el pretexto que ésta había hallado para evitar que sus miradas se encontrasen. De esta suerte, se comprende que hablase con más desahogo é hiciese confesiones que le ordenaba su lealtad. A lo menos semejante conducta demostraba buena fe, pues nunca la coquetería de una mujer perdida hubiera imaginado semejante astucia.

El cuadro que Fernanda estaba pintando, y para el cual le servía de modelo un cartón que no parecía sino dibujado por Owerbeck, era una de esas obras maestras de expresión de las cuales únicamente nos han legado modelo los pintores idealistas, y cuyo sentimiento ha desaparecido casi totalmente del arte desde el día que éste adoptó su tercera manera. Jesús estaba en pie en medio de sus discípulos, y á sus pies lloraba una mujer: ¿era ésta la adúltera? ¿era la Magdalena arrepentida? ¡Qué importa! Era una hermosa y joven pecadora á quien el hijo de Dios perdonaba.

En dicha obra, por lo demás casi terminada, Fernanda no había tocado aún la divina cabeza; más, la cabeza faltaba en el cartón como faltaba en el cuadro. ¿Había, en la duda de su talento, detenido á la artista un sentimiento piadoso? Probablemente era así; pero ¿caso singular! bajo la nueva y desconocida impresión que la joven sentía en presencia de Mauricio, mientras conversaba con éste é iba animándose con sus propias palabras, sin temor á las distracciones que podía causarle su interlocutor, que con mirada ardiente seguía su pincel, acometió aquella difícil tarea ante la cual Leonardo, el grande y suave Leonardo, retrocedió por espacio de tres años.

—No voy á decir á V. lo que he sido, continuó Fer-

nanda; pero me halagaría saber que V. siente interés por saber quién soy. Sobre mi pasado guardaré silencio, pues no puedo modificarlo; pero sí diré á V. que en el mundo no existe mujer alguna citada por la rigidez de sus costumbres que pueda desaprobar mi vida actual, una vez comprendida y aceptada mi posición. ¡Ah! no por mi voluntad soy lo que soy, créalo V.

La joven ahogó un suspiro, y tuvo la fortaleza de desviar del cuadro los ojos para fijarlos en los de Mauricio, que la estaba escuchando como escucha quien admira, esto es, silencioso y con el corazón henchido de emoción.

—Ahora, continuó Fernanda, sabe V. de mí cuanto debía saber y conoce todo lo que puede conocer; sea V. pues lo bastante generoso, casi pudiera decir justo, para compadecerse de mí. Procure V. comprender el valor que he menester para soportar la existencia que llevo, tan frívola en la apariencia. Usted me encontró rodeada de jóvenes atolondrados, amigos suyos; pero uno de los efectos más inevitables de ese pasado que maldigo es el de no poder librarme del yugo de las consecuencias. Una vez la mujer se ha desviado de las sendas trilladas, otro diría por las preocupaciones del mundo, yo por las leyes sociales, la más natural de las acciones laudables exige un esfuerzo, la más sencilla de las virtudes una reacción. Para vivir á mi gusto la mitad de mi vida, me veo obligada á sacrificar la otra mitad. Usted me encontró en medio del ruido y de la alegría. Yo hubiera preferido, aquella noche sobre todo, la soledad y el silencio, porque estaba triste hasta la muerte. Sin embargo, esta vez no tenía que quejarme de haber cedido á las instancias que se me dirigieran, ya que le encontré á V. y hoy le veo y le siento á mi lado. ¡Oh! no tardé mucho en advertir que V. no participaba de la alegría de sus amigos; y yo estaba contenta de su tristeza, amigo mío, porque me parecía que en ella había algo de celos. «Nada tema V., Mauricio, hubiera querido poder decirle; ninguno de esos hombres ha sido amante mío»; porque, se lo repito, me sentía atraída hacia V. por un como presentimiento. Si V. fijaba en mí los ojos, me

estremecía; si hablaba, una á una aspiraba sus palabras; en fin, sentía la vaga necesidad de amar, buscaba un refugio en mi conciencia, soñaba en la abnegación completa de mi orgullo. ¡Qué quiere V.! para mí no existe tranquilidad sino en la devoción, ni dicha más que en el amor: amar es redimir mis culpas. ¿Me comprende usted? ¡Oh Mauricio, Mauricio, dígame V. que me comprende!

Una mirada preñada de lágrimas acompañó esta pregunta.

—Sí, respondió Mauricio, más con un ligero movimiento de cabeza que con los labios, cual si-al pronunciar esta sola palabra hubiese temido turbar la melodía de la voz de Fernanda, como si hubiese querido no distraerse de aquella mirada triste, en la que se reflejaba cual en un espejo el significado de cuanto acababa de escuchar.

—¡Gracias! continuó Fernanda, ¡gracias! Hubiera sentido en el alma hallarle á V. insensible á la parte dolorosa de mi existencia. Decía á V. pues, que mi vida era regular, y es la pura verdad; siempre y cuando puedo sustraerme al ruido y á la alegría, me consagro al estudio, al trabajo y á la meditación; de lo cual resulta que en medio del torbellino á que en ocasiones me veo arrastrada, conservo siempre la serenidad de juicio. Únicamente las pasiones podrían turbarme el alma, trastornar mi tranquilidad, hacerme salir del círculo en que me he aprisionado; pero hasta el momento en que le vi á V., siempre me dije que yo no amaría nunca, y lo creía sinceramente, porque aquí, en mi casa, estoy bajo la salvaguardia de mis costumbres; no hay sitio en ella que no esté destinado á algún trabajo, al que debo no haber cometido más desatinos de los que he cometido. El trabajo es el ángel custodio que vela sobre mí, no me cabe duda. Ora entregada á la pintura, ora á la música, ya á una lectura seria, paso el día sin que el tedio llame á mi alma, y de cuando en cuando vienen á departir conmigo algunos amigos á quienes me atrevo á decir que sufío y no se rien de mi dolor. ¡Qué suave es la conversación en que los sentimientos abren pro-

funda huella, en que el pensamiento se eleva sin esfuerzo á regiones en que el espíritu no se atreve á seguirlo; donde, vagaroso, potente y alado, acerca las distancias, reúne los contrastes, y á esta frase de niño: «¡Si yo fuese rey!» levanta palacios dignos de una hada! ¡Oh poéticas divagaciones que sostienen el alma en medio de nuestras inexorables realidades!

Si Mauricio, sosegado de espíritu y de corazón, pudiese haber reflexionado sobre el sentido grave y profundo del lenguaje de la joven, de seguro habría experimentado una singular admiración al imaginar que quien hablaba de tal suerte era una cortesana; pero arrastrado por la oleada de una pasión naciente, no era ya dueño de apreciar ni rebatir cosa alguna de aquella que se la inspiraba; el hechizo que sentía era tal y la ilusión tan completa, que absorbido en cuerpo y alma por lo presente, habíanse borrado de su mente los recuerdos y no alentaba esperanzas, como si la vida, pasado y venidero, se hubiese resumido en la mirada y en el ademán de Fernanda; la cual había interrumpido su trabajo y se sonreía con la ingenuidad de un niño.

—¿Me ha comprendido V.? preguntó la joven.

—¡Oh! sí, respondió Mauricio, y me parece que todo cuanto V. me dice no es sino el eco de mis propios pensamientos. ¡Ah! Fernanda, V. dice que me ama, y yo también la amo con todo el fuego de mi alma.

—¡Dios mío! exclamó Fernanda juntando las manos, ¡qué dicha para mí si fuese cierto que V. me amase! porque hoy, únicamente hoy empiezo á comprender que debe ser horrible amar sola y vivir y pasar sola el tiempo deseando y previendo. Pues bien, Mauricio, si V. no me amase, desde ahora me hallaría sola en la vida; pero entonces pronto habría concluido todo para mí; porque al verle á V. aquí, en mi casa, á mi lado, al escuchar las palabras que acaba de decirme, he concebido en mi alma una esperanza tan grata, que el perderla me ocasionaría la muerte.

—¡Ah! ¿depende de mí, ahora, amarla á V. ó no amarla? exclamó Mauricio; ¿no me veo atraído hacia V.

por un sentimiento irresistible, y, aun cuando quisiera, podría acaso separarme de V.?

—Lo que me está V. diciendo ¿no es lo mismo que diría V. á otra mujer? exclamó Fernanda. ¿Es realmente cierto?

—Por Dios y por mi honor lo juro, respondió Mauricio llevándose la mano al pecho.

—¡Oh! ¡cuántas pesadumbres me hace olvidar este momento! exclamó Fernanda levantándose; Mauricio, es usted mi salvador.

Luego, fijando la mirada en la pintura, exclamó:

—Vea V. cuán acordes marchaban mi sentir y mi pensamiento: hace un mes que vacilo en pintar la cabeza del Salvador, y en diez minutos la he terminado.

Mauricio dirigió los ojos al lienzo, y vió con admiración que la triste y melancólica cabeza de Jesús era su propio retrato.

—Se conoce V. ¿no es cierto? dijo Fernanda. Ahora bien, ¿comprende V. á la vez mi pensamiento y mi esperanza? Por la boca y por los ojos de V. Dios perdona á la mujer culpada. ¿Desmentirá V. su divina palabra? ¿Y á mí, si alguna vez debiese faltar á la santa promesa de no serle á V. traidora, no me bastaría, para fortalecer mi alma, orar delante de esa pintura, que habla de la misericordia celestial? No daré una pincelada más á esta tela, continuó la joven, colocando su paleta y su pincel en una silla, pues de hacerlo echaría á perder algo. Lo que hacemos bajo la inspiración del afecto asume siempre un carácter grandioso y verdadero. Salgamos de aquí y pasemos al salón, Mauricio; quiero mostrarme á usted de cuerpo entero, quiero que me ame V.

Fernanda tendió la mano á Mauricio, quien le ofreció el brazo, y apoyada en el joven, mirándole y sonriendo suave y melancólicamente, y ajustando, por decirlo así, sus pasos á los de aquél, fué á sentarse al piano.

—Ya se lo he manifestado á V., Mauricio, continuó la sirena, aquí cada sitio está destinado para un estudio; cuando la pintura me fatiga, la música me distrae. ¿Le gusta á V. la música?

—¡Y tú me lo preguntas, Fernanda!

—Mejor; yo la adoro. Es la expresión viva y momentánea de las impresiones del alma. Cuando me encuentro sola y sufro ó estoy alegre, y mi pesadumbre ó mi gozo son demasiado íntimos para confiarlos á una amiga que haría burla de ellos, me siento al piano y con los dedos le comunico los más hondos secretos de mi corazón. ¡Ah! no hay emoción que este instrumento no comprenda; eco fiel y armonioso, traduce mis pensamientos todos, y al cabo de un cuarto de hora de estar sentada á él me siento consolada. Mi piano es mi mejor amigo, Mauricio.

Entonces y después de haber paseado los dedos por el teclado como para apartar del canto las nubes de la imaginación, entonó el aria de Romeo, *Ombra adorata*, y el recitado que le precede, con acento tan verdadero y tan seductivo, que hubiera causado envidia á Duprez y á la Malibrán.

Mauricio escuchaba en medio de religioso arrobó; todas las fibras de su alma, puestas en conmoción por aquella voz pura y sonora, resonaban vibradas por los dedos de Fernanda. Así es que cuando ésta hubo terminado, en vez de dirigirla un elogio de cajón, la dijo:

—Fernanda, déjeme que bese su voz.

Y mientras la joven, echada sobre el respaldo de su silla, entonaba las más melodiosas notas del aria que acababa de cantar, Mauricio aspiró con sus labios el soplo armonioso que de los labios de aquella se escapaba.

—¡Cuán hermosa está V. así! dijo Mauricio, ¡y cómo se reflejan en su semblante las impresiones todas de su alma!

—¡Ah! ¿á quién no conmovería esta música? exclamó Fernanda. ¿Quién no la siente vibrar hasta lo más íntimo del corazón?

—Es verdad; pero esta es la primera vez que oigo cantarla por modo tan sublime. ¿Dónde ha pasado V. la juventud, Fernanda, y quién le ha dado á V. esta admirable educación que hasta lo presente no he hallado en mujer alguna?

Por la frente de la joven pasó una nube de tristeza.

—La desventura y la soledad, respondió Fernanda,

han sido mis dos grandes maestros; pero por favor se lo ruego á V., Mauricio, no me hable de lo pasado. No entenebrezcamos este día, pues es el más dichoso de mi vida, y quiero conservar su recuerdo libre de toda tristeza. Ahora sígame V., continuó la joven con expresión de amor infinito, todavía tengo algo que mostrarle.

—¿Una nueva sorpresa? preguntó Mauricio.

—Sí, respondió la joven sonriendo.

Y echando á correr, con el rostro cubierto de pudor virginal, se encaminó á un ángulo del salón, y oprimiendo con los dedos un resorte invisible, se abrió una puerta. La cual daba á un encantador retrete tapizado de muselina blanca, como blancas eran las cortinas que cubrían la ventana y las que envolvían la cama, dando á este aposento un aspecto de tranquilidad virginal que proporcionaba grato descanso á la mirada y á la imaginación.

—¡Oh! repuso Mauricio devorando á Fernanda con sus hermosos y negros ojos, ¿adónde me conduce V.?

—Adonde nunca ha entrado hombre alguno, Mauricio, pues este retrete le hice arreglar únicamente para aquel á quien yo amara. Entre V.

Mauricio franqueó el umbral del blanco aposento, y tras los jóvenes se cerró la puerta.

VIII

Antes de la intimidad que acababa de establecerse entre Fernanda y Mauricio, ambos habían ignorado la vida del corazón, única que da fuerza y duración á las pasiones; pero á la primera revelación de semejante existencia, Mauricio vió desvanecerse todas las ilusiones de su vida conyugal. Clotilde era guapa, y aun hermosa, más tal vez que no lo era Fernanda, pero su hermosura asumía esa impasibilidad que no se anima nunca con el destello del entusiasmo, ni con las lágrimas de la conmiseración. La dicha de que Mauricio disfrutaba